



**CARTA PASTORAL DEL OBISPO DE TARAZONA
DEMETRIO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ
AL INICIO DEL AÑO LITÚRGICO**

***“ALEGROS SIEMPRE EN EL SEÑOR”
(FLP 4,4)***

Tarazona, 8 de diciembre de 2005

Introducción: Un nuevo año litúrgico

Al comienzo de un nuevo año litúrgico, me dirijo a todos vosotros, queridos hijos de la diócesis de Tarazona. Sacerdotes, consagradas, cristianos laicos. El comienzo de un año litúrgico es una ocasión nueva para centrarnos en Jesucristo, a quien celebramos a lo largo de todo el año. Adviento y Navidad, Cuaresma-Pascua-Pentecostés volverá a presentarnos el misterio de Cristo, que en la Eucaristía está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo.

Y junto al misterio de Cristo, el de María, en la que se ha cumplido perfectamente la Redención, y con ella todos los santos en los que Dios ha realizado su obra y se nos presentan como modelos e intercesores nuestros.

Deseo y pido al Señor que este nuevo año que comenzamos alimente en nosotros la fe, aliente la esperanza y acreciente el fuego de la caridad en nuestra Iglesia diocesana de Tarazona.

Tenemos ante nosotros la tarea permanente de hacer de nuestra diócesis una comunidad viva, que se presenta ante el mundo con una gran noticia, portadora de esperanza para el hombre de hoy y de todos los tiempos. La noticia de que Dios nos ama hasta el punto de darnos a su Hijo, que se ha hecho hombre por nosotros, naciendo de María virgen, “no para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por El” (Jn 3,17).

Este Hijo divino, hecho hombre verdadero al tomar de María nuestra carne mortal, nos ha amado hasta el extremo, entregando su vida en sacrificio al Padre para bien de todos los hombres. El Padre lo ha resucitado y lo ha constituido Señor de vivos y muertos. Y de su costado abierto en la cruz, ahora glorioso, brota incesante el Espíritu Santo, que congrega a todos los hombres en una familia, que es la Iglesia santa.

La Iglesia, enviada por las tres Personas divinas al mundo, es portadora ante el mundo de esta buena noticia, que ha transformado el corazón de muchos hombres y mujeres a lo largo de la historia, y que ha transformado el mundo, haciéndolo más humano, más fraterno y solidario, más justo. Un mundo mejor. La Iglesia continúa hoy esta tarea entre los hombres, buscando que cada hombre se encuentre con Jesucristo y, desde ese punto de encuentro, fomenta la unidad entre todos los hombres y todos los pueblos.

Nuestra diócesis de Tarazona ha de volver continuamente a mirarse en los orígenes de la Iglesia, para prolongar en el mundo la presencia transformadora de Jesucristo, y verificar de esta manera la fidelidad a su Esposo Jesucristo. La descripción que hacen los Hechos de los Apóstoles sobre la primera comunidad, es normativa para todos los tiempos:

“Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones... Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno” (Hech 2, 43-45).

“La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyo a sus bienes, sino que todo era común entre ellos. Los apóstoles daban testimonio con gran poder de la resurrección del Señor... No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas las vendían, traían el importe de la venta y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad” (Hech 4, 32-35).

“No parece bien que nosotros abandonemos la Palabra de Dios para servir a las mesas... Por tanto, buscad de entre vosotros a siete hombres de buena fama, llenos de Espíritu y sabiduría, y los pondremos al frente de este cargo, mientras que nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra” (Hech 6,2-4)

Os invito a fijaros ahora en alguno de estos aspectos:

1. Nosotros nos dedicaremos a la oración y a la predicación de la Palabra (Hech 6,4)

El texto bíblico se refiere a los Apóstoles, y puede aplicarse directamente al obispo y los sacerdotes. A medida que se multiplicaba el trabajo, los Apóstoles no daban abasto, y eso obligaba a organizarse y a distribuir tareas.

Para ellos y para los sacerdotes de hoy el tiempo es limitado y no podemos llegar a todo. Gente que nos busca, problemas que resolver, necesidades que atender, la organización de la comunidad parroquial, estar pendiente de que todos estén atendidos, impulsar las distintas actividades, etc. Y por encima de todo eso, el anuncio del Evangelio.

En ese contexto cobra todo su valor establecer unas prioridades. “Nosotros nos dedicaremos a la oración y a la predicación de la Palabra” (Hech 6,4), concluyen los Apóstoles, dejando que otros atiendan los demás asuntos, aún siendo importantes. El texto expresa dos aspectos: Primero, necesitamos ayudas, no lo podemos hacer todo. Es preciso que suscitemos colaboradores. La misión de la Iglesia no se agota en los pastores. Cuando uno quiere hacerlo todo, empobrece a la comunidad a la que sirve. Y en segundo lugar, esta frase bíblica nos está recordando cuál es nuestra tarea principal. La tarea a la que los apóstoles no quisieron renunciar, pues la consideraban constitutiva de la misión recibida.

Queridos sacerdotes. En una parroquia, por pequeña que sea, hay trabajo de sobra para un sacerdote de plena dedicación, pero no hemos de dejar a un lado la principal tarea que se nos encomienda. **Nosotros hemos de dedicarnos a la oración y a la predicación.** Esta es nuestra tarea específica. Esta es nuestra mejor aportación al anuncio del Evangelio. Que nada ni nadie nos distraiga de lo esencial. Podríamos ser unos excelentes animadores socioculturales, y haríamos un gran bien a nuestras gentes. Pero esa no es nuestra tarea. Nuestra tarea es la oración y la predicación.

En el trabajo de alentar a toda la diócesis desde el lugar que cada uno ocupa es fundamental que los sacerdotes cuidemos la oración y la predicación.

1.1. La oración del sacerdote

“Este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por su pueblo”. Nuestras gentes nos piden constantemente que oremos por ellos. En el fondo, tienen la convicción de que esa es nuestra tarea. Una oración bien llevada, ha de ser una oración que comprometa toda nuestra vida en el camino hacia la santidad. Una vida de oración no es una vida de rezos simplemente. Es una vida de profunda unión con Jesucristo, el que nos ha llamado y el que nos envía constantemente a la misión de predicar. Una vida de oración nos hace sintonizar a fondo con los gozos y las esperanzas de nuestros contemporáneos, desde una profunda visión de fe.

Cuidemos con esmero la **celebración diaria de la Eucaristía**, aunque no tuviéramos fieles que participen o aunque nadie nos la encargue. Cuidemos especialmente la Misa del domingo. La Iglesia nos recuerda constantemente que lo más importante de nuestra vida de sacerdotes es poder celebrar los santos misterios de nuestra redención. Llevemos a nuestras gentes al encuentro con Jesucristo en el santísimo Sacramento. Invitemos a los fieles a participar también diariamente en la Santa Misa y en la comunión. Señalemos algunos ratos de adoración ante Jesucristo sacramentado. Es universal la constatación de que, donde esto se hace, florece la vida cristiana de la comunidad y crece el dinamismo pastoral.

Y lo mismo que buscamos que la Iglesia esté limpia y ordenada, busquemos que la vida de las personas que se nos han confiado esté purificada de todo pecado. Pongamos a su disposición nuestro ministerio de reconciliación, es decir, fijemos unas horas para confesar a los fieles. Que nos vean sentados en el confesionario en horas conocidas por todos, e invitemos a que se acerquen para que Dios les dé su misericordia, a través de nuestro ministerio sacerdotal. Ayudemos a niños y jóvenes con algún esquema escrito a hacer bien el examen de conciencia. El **sacramento de la Penitencia** es un cauce precioso de evangelización, porque llega hasta la conciencia personal en un diálogo de intimidad que impulsa al penitente a caminar hacia la santidad. No hay razones para la absolución colectiva en nuestra diócesis, ni es válido recibir la absolución personal sin acusación de los propios pecados. Por favor, no lo hagáis nunca. Cuidemos la dignidad de este sacramento, y pongámoslo a disposición de los fieles.

Del sacramento de la penitencia es también destinatario el sacerdote. También el sacerdote necesita limpiar su alma y fortalecerla en la lucha contra el pecado. Es decir, también el obispo y los sacerdotes deben confesarse con frecuencia. Nos recuerda el Papa:

“La celebración de la Eucaristía y el ministerio de los demás Sacramentos, el celo pastoral, la relación con los fieles, la comunión con los hermanos, la colaboración con el Obispo, la vida de oración, en una palabra toda la existencia sacerdotal sufre un *inevitable decaimiento*, si le falta por negligencia o cualquier otro motivo, el recurso periódico e inspirado en una auténtica fe y devoción al Sacramento de la Penitencia. En un sacerdote que no se confiese o se confiese mal, su ser como sacerdote y su ministerio se resentirían muy pronto, y se daría cuenta también la Comunidad de la que es pastor” (Juan Pablo II, *Reconciliatio et Poenitentia*, 31, VI).

Ante este texto tan elocuente de Juan Pablo II, revisemos si el decaimiento que a veces padecemos no tendrá su raíz en una dejación del sacramento de la Penitencia, que el sacerdote ha de recibir con devoción. El nuevo año litúrgico que ahora comienza, debe ayudarnos a renovar este importante aspecto de nuestra vida sacerdotal. Busquemos la ayuda de un hermano sacerdote, al que confesar nuestros pecados con toda humildad, para recibir la misericordia y el perdón de Dios. Esa amistad sacerdotal nos es necesaria, porque ese amigo sacerdote podrá ayudarnos e incluso corregirnos cuando lo necesitemos.

Este espíritu de oración se prolonga en la *Liturgia de las Horas*. Es una fuente riquísima de espiritualidad la oración con los salmos, el rezo de Laudes y Vísperas, el Oficio de Lectura tal como nos lo presenta la Iglesia, la Hora intermedia y las Completas. Procuremos no dejar ninguno de estos momentos del día, tal como lo prometimos gozosamente el día de nuestra ordenación sacerdotal. No decaigamos en el ministerio de la intercesión.

Estoy convencido de que si los sacerdotes oran, el Pueblo de Dios crecerá. Si los sacerdotes oran mucho, el Pueblo de Dios crecerá mucho. Y si los sacerdotes oran poco, el Pueblo de Dios apenas crecerá o perderá la fe. La situación actual en que vivimos es una nueva urgencia para intensificar el espíritu y la práctica de la oración, pues en el ministerio sacerdotal hay una prioridad fundamental: “Nosotros nos dedicaremos a la oración...”. No es una evasión, es un compromiso que implica toda la existencia.

1.2. *Predicar la Palabra*

“¡Ay de mí si no evangelizara!” (1 Cor 9,16). Junto a la oración, el trabajo. Y nuestro trabajo es predicar la Palabra de Dios, en todas sus formas: homilías, catequesis, trato personal, grupos, visitas, etc. Para eso hemos sido llamados y hemos sido enviados. Somos pregoneros de una persona, Jesucristo, y sentimos la urgencia, como san Francisco Javier, de anunciar a todos la salvación.

La predicación lleva consigo toda una preparación y una dedicación. Para predicar la Palabra es preciso leerla y meditarla, escrutarla a fondo y asimilarla con limpio corazón. Para predicar la Palabra de Dios, hay que dejarse interpelar por ella. El buen predicador de la Palabra, la escucha primero en su interior y después la proclama. Deja que la Palabra le transforme y, por eso, habla de lo que vive o intenta vivir sinceramente. Un buen predicador va templado a la predicación por abundante oración e imitación de Cristo Crucificado, nos recuerda san Juan de Ávila.

La preparación de la Palabra incluye el *estudio detenido de la Palabra*. Es preciso dedicar tiempo al estudio de la Palabra. Tener a mano un buen comentario del texto bíblico. Conocer la interpretación que hace la Iglesia de la página que estamos leyendo. Escuchar el Magisterio de la Iglesia, intérprete auténtico de la Palabra de Dios, y seguir sus enseñanzas.

Todo ello lleva consigo tiempo reposado de lectura y de estudio. Los fieles que nos escuchan tienen derecho a que les demos alimento sólido, bien fundamentado. No les presentemos nuestras propias opiniones, sino lo que enseña la Iglesia. En el campo de la fe católica, en el campo la moral, especialmente en el campo de la justicia social y de la moral sexual, tan contraria a los criterios del

mundo. Que nuestra preocupación sea conocer bien lo que enseña la Iglesia para ser transmisores fieles de esa enseñanza que vivifica.

Tenemos a nuestro alcance el *Catecismo de la Iglesia Católica*, como síntesis de la doctrina católica, a la que ahora se añade el Compendio de ese mismo Catecismo. Leamos y manejemos este valioso instrumento. Usemos sus contenidos en nuestra catequesis, en nuestra predicación, en reuniones de estudio. Que los fieles católicos sepan cuál es la doctrina de la Iglesia, frente a tantas opiniones contradictorias, en temas vitales para su salvación eterna, para su camino hacia la santidad, para su comportamiento diario.

Hoy se presenta cualquiera haciéndose pasar por maestro en la fe, y engaña a nuestros fieles. El buen pastor, cuando ve venir al lobo, no huye ni se esconde, sino que protege las ovejas que se le han confiado, aún a costa de su vida. Enseñemos a nuestros fieles, a los niños, a los jóvenes, a los adultos que los únicos maestros auténticos de la fe y de la moral católica son los pastores de la Iglesia, no la opinión pública tantas veces manipulada por campañas programadas.

Queridos sacerdotes. De esta imagen del sacerdote que ora y que predica, estamos seguros de que brotarán vocaciones según el corazón de Dios: “Os daré pastores según mi corazón” (Jr 3,15). En una sociedad donde todo se ha profesionalizado, corremos el riesgo de presentar una imagen de sacerdote profesionalizado. Un sacerdote que cumple unos servicios, que tiene unos horarios, que es un profesional más en la vida social. Sacerdotes así, ciertamente no hacen falta, pues la mayor parte de esos servicios los pueden hacer otros, y quizá mejor que el sacerdote. Pero no es así. Necesitamos sacerdotes con estos dos rasgos fundamentales que señalan los Hechos de los apóstoles: “Nosotros nos dedicaremos a la oración y a la predicación”.

2. Los creyentes acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles y a la fracción del pan (Hech 2,42)

2.1. A la enseñanza de los apóstoles

La Iglesia ha sido fundada por Jesucristo sobre el fundamento de los apóstoles (Cf. Ef 2,20; Ap 21,14). Los primeros cristianos no tenían duda de que en los apóstoles podían beber el agua limpia de la revelación del mismo Jesucristo. Los apóstoles habían sido testigos de la vida, de la muerte y de la resurrección del Señor, y habían recibido de Jesucristo el mandato de enseñar “todo lo que yo os he enseñado” (Mt 28,20).

En la enseñanza de los apóstoles, destaca la referencia continua a Pedro, para no correr en vano (Cf Gal 2,2), puesto que a él le ha confiado Jesucristo el primado para confirmar a sus hermanos en la fe. Pablo tenía toda la fogosidad del mundo, había recibido el Evangelio directamente del Señor, pero va a ver a Pedro, para no correr en vano. Sólo la comunión con Pedro le da garantía de estar en la comunión de la Iglesia, sólo la comunión con Pedro le impulsa de nuevo a la misión universal.

A los apóstoles les han sucedido los obispos, como maestros de la fe, que nos enseñan lo que Cristo nos ha enseñado, no como una opinión más, sino con la autoridad de Cristo, una autoridad que vivifica. El Colegio episcopal lo preside el Sucesor de Pedro, el Papa, Vicario de Cristo en la tierra, el “dulce Cristo en la tierra” (Sta. Catalina de Siena) que es obispo de la Iglesia universal, es obispo de todos, pastores y fieles.

La Iglesia no es un cuerpo inorgánico, sino que tiene su propia estructura que la sostiene. Ahora bien, esa estructuración no le viene a la Iglesia por la suma de opiniones de sus miembros, como puede suceder en las sociedades democráticas. Desde el principio, por voluntad del mismo Cristo, la Iglesia está articulada jerárquicamente. “Los creyentes acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles”. La referencia a los apóstoles con Pedro entonces, y a los obispos con el Papa hoy es un elemento esencial de nuestra experiencia eclesial, y hemos de procurar actualizarla continuamente.

Sufrimos en nuestra época una cierta desafección hacia los pastores de la Iglesia, hacia el Papa y los obispos, influidos por el rechazo ambiental a lo paterno en cuanto paterno, e incitados a ellos

por actitudes anticlericales ancestrales, como si de esta manera fuéramos más adultos, más libres al ser más independientes. Necesitamos recuperar y crecer en una actitud de amor y de piedad hacia nuestros pastores, reconociendo que ellos han sido puestos por Dios para cuidado de nuestras almas, como prolongación del único “pastor y obispo de nuestras almas” (1Pe 2,25), Cristo.

Nuestra pertenencia a la Iglesia católica lleva consigo que expresemos sin rodeos nuestra firme adhesión al que, por voluntad de Cristo, preside la Iglesia universal, al Papa. No es un cristiano más adulto el que prescinde de este Magisterio, o el que dejándose llevar como un niño por todo viento de doctrina, que conduce al error (Ef 4,14), desprecia la enseñanza del Papa en cualquiera de los campos de la fe y de la moral católica. Hemos de ser muy serios en esto, pues apartarse de Pedro es apartarse de la comunión eclesial.

Especialmente hoy es importante que conozcamos y sigamos sin titubeos la doctrina católica que el Papa nos presenta sobre el valor de la **vida humana** desde su concepción hasta su muerte natural, el valor del **matrimonio**, fundado sobre la unión estable y santificada por el sacramento, del varón y de la mujer, abierto generosamente a la vida. Es muy importante desterrar toda mentalidad **anticonceptiva y abortiva**, o la **eutanasia** en cualquiera de sus formas. El ser humano es animado desde el instante de su concepción, es decir, recibe un alma propia, espiritual e inmortal, creada por Dios para él en ese momento. Atenta, por tanto, contra la dignidad humana cualquier experimento con **embriones**, que los manipula y los destruye, o los considera como simple material genético, aunque sea para extraer células que podrían curar a otros. En el campo de la justicia social, es más necesario que nunca atajar el **consumismo** y el derroche de occidente, donde nos encontramos, el abismo creciente **Norte-Sur**, la explotación del hombre por el hombre, la **corrupción** en la vida pública. Hemos de promover la dignidad del **trabajo** humano, fomentar la **solidaridad** con los más necesitados, etc.

De todo ello es un buen resumen autorizado el **Compendio de la doctrina social de la Iglesia**, publicado en este año 2005. Hemos de conocerlo, estudiarlo y darlo a conocer. La Iglesia tiene un gran tesoro en su doctrina social, para muchos ignorada, que ha de ser puesta en el candelero para que alumbré a todos los de la Casa.

En esta tarea, que los Apóstoles y sus sucesores cumplen por mandato de Cristo, colaboran otras muchas personas, que incluso reciben el encargo del obispo para la tarea de la evangelización. Todos los fieles en la Iglesia tenemos la preciosa tarea de evangelizar, en virtud y por fuerza de nuestro Bautismo y nuestra Confirmación. Los catequistas, los profesores de religión, los padres de familia antes que nadie. Pero en esta preciosa tarea hemos de ser fieles a la enseñanza de los apóstoles, de manera que no enseñemos nuestras propias opiniones, sino el Evangelio de Jesucristo, cuyos garantes son los obispos con el Papa a la cabeza.

2.2. Y a la fracción del pan

Los primeros cristianos tenían como punto de referencia y de encuentro entre ellos la celebración de la Eucaristía, particularmente en el día del Señor, el domingo. Debemos intensificar una campaña en toda la diócesis de promoción de la misa dominical, especialmente entre los niños y los jóvenes. Hasta en el pueblo más pequeño de la diócesis, donde un grupo de creyente se reúne cada domingo, podemos celebrar con toda dignidad los misterios de nuestra redención. Es un bien enorme el que hacemos con nuestra presencia y con esa misa celebrada devotamente.

Explicemos la celebración y pongamos al alcance de todos, dentro de las normas litúrgicas, la misa del domingo. No seremos mejor aceptados porque adoptemos un tono chabacano, que rebaja el misterio o incluso lo destruye. La liturgia bien celebrada es el mejor vehículo evangelizador que tenemos en nuestras manos. Llevemos a nuestros fieles a una participación activa y fructuosa en la liturgia, donde alimentan su vida cristiana.

El domingo es el día del Señor, en que Cristo venció la muerte y nos ha hecho partícipes de su vida inmortal. El cristiano participa de esa victoria de Cristo, sobre todo cuando participa en la

Eucaristía. La participación en la misa del domingo (o en la tarde del sábado) no puede ser sustituida por ningún otro día, pues es en ese día cuando la Iglesia, extendida por toda la tierra, celebra la victoria de Cristo sobre la muerte desde aquel primer día de la semana del día de Pascua, cada ocho días.

En la Eucaristía se construye la comunidad cristiana. La participación en la Misa del domingo es aglutinante de una comunidad, tentada de vivir en la dispersión. En un mundo lleno de tensiones a todos los niveles, la Eucaristía es un factor de unidad, de comunión, de solidaridad, imitando el gesto por el Jesucristo se ha entregado por nosotros.

En la Eucaristía Jesucristo nos ha dejado el mandato nuevo del amor fraterno, hecho visible en el lavatorio de los pies. “Si yo el Maestro y el Señor os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros” (Jn 13,14). Este gesto de Jesús, que culmina en el Calvario dando la vida por nosotros, es un impulso permanente para dar nuestra vida por los hermanos

3. No había necesitados entre ellos (Hech 4,34)

Nos relatan los Hechos de los Apóstoles que en la primera comunidad no había necesitados, porque todo lo tenían en común, vendían sus posesiones y repartían a cada uno según sus necesidades (Cf. Hech 2,45; 4,34). Algunos, sin embargo, no se sometían a la norma (Hech 5,1ss), pero el tono general era tenerlo todo en común. La unidad de los creyentes en Cristo no era algo platónico, sino que tenía incluso un reflejo económico.

La Iglesia de todos los tiempos ha tenido como referente a esta primera comunidad, porque en ella se cumple el mandato del amor fraterno que Cristo ha dejado en su Iglesia. El creyente en Jesucristo sabe que “el Hijo de Dios por su Encarnación se ha unido de alguna manera con cada hombre” (GS 22) y por tanto sale al paso de las necesidades de cada hombre, sea de la condición que sea, porque cada hombre es una prolongación de Cristo, disfrazado en el rostro de nuestros hermanos necesitados.

De ahí, que la caridad cristiana es universal y no conoce la acepción de personas. Si por algunas siente predilección es por las más necesitadas. Esta es la **opción preferencial por los pobres**, que la Iglesia hace suya y debe revisar continuamente. “He hecho y hago mía esta opción... Ante las actuales formas de explotación del pobre, la Iglesia no puede callar. Es una opción firme e irrevocable, por la que el Papa, la Iglesia y su jerarquía quieren seguir presentes en la causa del pobre” (Juan Pablo II, *Discurso a la Curia Romana*, 21-XII-1984). No es una opción exclusiva o excluyente, pero es ciertamente una opción preferencial, que busca a los más pobres, porque en ellos descubre el rostro de su Señor, hasta el punto de ponerse a servirlos, como “a nuestros señores, los pobres” (San Vicente de Paúl). No es una opción de clase, en el sentido marxista de la palabra, ni de lucha contra nadie. Se trata de una opción cristiana, es decir, una opción que brota de los sentimientos de Cristo en el cristiano.

Estamos ante una cuestión central para la Iglesia, en la que se juega su fidelidad al Señor y su credibilidad ante el mundo. Sobre este punto de la caridad fraterna, “la Iglesia verifica su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia” (NMI 49). Es decir, llegados al punto de la caridad es donde se hace carne la verdad salvadora de Cristo, que la Iglesia anuncia para todos los hombres. “Hermanos no amemos de palabra y de boca, sino con obras y de verdad” (1Jn 3,18).

La Iglesia tiene, por tanto, una tarea irrenunciable en el campo de la caridad, y actúa por el impulso interior del Espíritu, se encuentre donde se encuentre. “La caridad de Cristo nos urge” (2Co 5,14). No se mueve por razones de simple solidaridad humana, ni atiende a los pobres por dar buena imagen. La Iglesia en sus obras y en sus organizaciones de caridad actúa movida por el amor de Cristo su Esposo y para agradar a Cristo, a quien descubre en el rostro doliente de todo hombre que sufre, muchas veces por causa de las injusticias de los demás hombres.

Hay pobreza antiguas, como el hambre en el mundo, ante las cuales no podemos pasar indiferentes, sino actuar como el Buen Samaritano, Jesús, que se abajó de su cabalgadura para aupar al hombre maltratado y malherido y vendarle sus heridas (cf. Lc 10, 30-37). El deseo de compartir con los demás lo poco o lo mucho que tenemos brota de la actitud de Jesús, que “siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza” (2Co 8,9). Iniciativas como “Pon un niño a tu mesa”, o la ONG católica “Manos Unidas” son cauces que ayudan a paliar el hambre en el mundo.

Nuestro objetivo no es sólo el reparto de las riquezas, para que todos tengan acceso a una vida más digna. El objetivo primero y fundamental es despojarnos a nosotros mismos, para prolongar el gesto de Jesucristo que se ha empobrecido para enriquecernos a nosotros. ***Una solidaridad que no lleve al despojamiento propio, no es una solidaridad cristiana***, no es solidaridad al estilo de Cristo. Por eso, en la caridad que realizamos no buscamos en primer lugar que los demás tengan, sino que hemos de buscar en primer lugar ser despojados nosotros mismos. Cuando damos a los demás de lo que brota en nosotros como fruto de la caridad, estamos beneficiándonos a nosotros mismos. La caridad que es donación de sí mismo, a quien primero beneficia es al sujeto que se entrega.

Y hay pobreza nuevas, ante las que hemos de ser sensibles y poner en funcionamiento la “imaginación de la caridad” (NMI 50), para salir al paso de las necesidades del mundo de hoy. Enumero algunas:

3.1. *La dignidad de la vida, del matrimonio y de la familia.* Son muchas las personas que disfrutan de una familia estable, que cuentan con la fidelidad de su esposo/a, niños que viven en la cobertura de un amor de sus padres, ancianos que tienen en sus hijos quienes les atiendan en su desvalimiento. Demos gracias a Dios por todo ello, porque en nuestra diócesis predominan estas actitudes, cuyas raíces son innegablemente cristianas.

Pero hay cada vez más personas que carecen de estos elementales apoyos en sus vidas. El pecado ha hecho destrozos en la humanidad, y el paganismo creciente las hace aflorar. Familias rotas, que sufren indeciblemente el desamor de quienes podían esperar un amor que satisface. Ancianos que viven solos y muchos de ellos descuidados de sus hijos. Niños que no encuentran en sus padres ni tiempo ni cariño para atenderlos. Jóvenes que no reconocen ni agradecen el amor de sus padres, despreciándolos impiamente.

Detrás de cada uno de los 230 abortos diarios que se provocan en España, hay una persona asesinada en el seno materno, hay una madre y un padre y otras muchas personas alrededor que se han echado a cuestras un fardo tremendo, cuando lleguen a descubrir su culpa. Hemos de estar atentos para acoger a todos los que sufren por causa del abominable crimen del aborto, para ayudarles a evitarlo y, en su caso, enjugar sus heridas con la misericordia del Señor.

3.2. *Los jóvenes.* Análisis sociológicos más recientes avalan que los jóvenes, y sobre todo los adolescentes, viven desprotegidos en nuestra sociedad del bienestar. Tienen más dinero que nunca, pero les falta cariño, les faltan referentes para orientar sus vidas y les den seguridad. Nuestra sociedad aprovecha su debilidad para explotarlos, incitándolos al consumo de alcohol, al sexo precoz, a las drogas de todo tipo. Detrás de todos estos consumos hay negocios enormes, que gritan contra la Iglesia cuando ésta propone la moral católica. Pero la primera causa de muerte entre los jóvenes europeos es el suicidio, al que se recurre cuando ya no se ve ninguna esperanza y la vida carece de todo sentido. Produce un dolor tremendo ver a jóvenes soportar con aburrimiento una vida que se les hace inaguantable, o malgastar su vida con secuelas muchas veces irreparables.

Sin embargo, Jesucristo es para los jóvenes. Y los jóvenes son para Jesucristo. Los grandes ideales y las mejores decisiones de la vida se toman y se maduran en la juventud. Por todo eso, los jóvenes han de ser una prioridad pastoral en nuestra diócesis, como una opción preferencial, que no excluye otras. Hay muchos jóvenes en nuestra diócesis, a los que hemos de buscar y acompañar, para que descubran el sentido más profundo de la vida, que sólo Jesucristo puede dar.

¿Qué hacemos con todos los que cada año se confirman? ¿Por qué no recuperar el ritmo de campamentos, como cauce de evangelización? ¿No sería posible señalar alguna peregrinación anual, alguna jornada diocesana, en la que se engancharan todos los jóvenes de la diócesis, de parroquias, de grupos, de comunidades para compartir el gozo de ser cristianos y celebrar juntos el perdón de Dios y la Eucaristía? No podemos aplazarlo. Nos lo están pidiendo a gritos. Los jóvenes necesitan a Jesucristo, porque sólo El va a saciar la sed de verdad y de autenticidad que tienen. La Iglesia, y concretamente la Iglesia en Tarazona, está para eso.

Urge que inventemos cauces nuevos y ocasiones de evangelización de los jóvenes. No podemos quedarnos en lamentos estériles, que no conducen a nada. Tenemos que reaccionar gastando energías en este sector pastoral. Si es verdad que muchos al llegar a la universidad se trasladan a Zaragoza o se ausentan de sus pueblos, también es verdad que hasta que llega ese momento (hacia los 18 años) hay mucho que hacer con los adolescentes y con los jóvenes. Y si tienen referentes en nuestras parroquias, en nuestra diócesis, aunque tengan que marchar por razones de estudio o de trabajo, volverán con gusto a donde se sienten queridos, atendidos, acompañados. No demos por perdida la batalla en el campo de los jóvenes. La Iglesia tiene mejores propuestas que las que el mundo les brinda. Tiene a Jesucristo, que hace posible la vida de gracia y nos abre un horizonte de esperanza, que traspasa incluso el umbral de la muerte para toda la eternidad. Y son propuestas que humanizan, que engrandecen a la persona. Los jóvenes tienen capacidad de captarlas, si se las proponemos con garra.

3.3. *Los inmigrantes.* A toda Europa vienen ciudadanos de países extranjeros, buscando mejores condiciones de vida. Desde hace algunas décadas, España se ha convertido en un país rico, y por eso experimenta el flujo migratorio, como una explosión demográfica que rejuvenece nuestra sociedad envejecida. Desde el punto de vista económico y de progreso, los inmigrantes constituyen una notable aportación positiva al bienestar de nuestra nación española. No son parásitos ni invasores. Son personas que trabajan y hacen crecer el producto interior bruto de nuestro país, muchas veces a costa de condiciones indignas en su trabajo. Muchos de estos inmigrantes llegan a España en las últimas. Algunos incluso se juegan la vida para llegar, y la pierden en el camino.

Ahora bien, el fenómeno de la inmigración introduce nuevos problemas en nuestra convivencia. Hace que la interculturalidad sea un hecho palpable, que están viviendo codo con codo nuestros niños y jóvenes en edad escolar. Son distintos los flujos de Hispanoamérica, con una lengua y cultura afín a la nuestra, los del este de Europa, en su mayoría de rito bizantino y con un gran sentido de lo sagrado, y los del mundo africano, en su mayoría musulmanes, muchos de ellos muy religiosos. La acogida e incorporación de los católicos a nuestras comunidades, la acogida a los bizantinos —ortodoxos o católicos— y la acogida de los musulmanes, tienen tratamientos diferentes, aunque todos tengan el denominador común de inmigrantes. La Iglesia no sólo arregla papeles (eso lo hacen también, y quizá mejor, los organismos civiles). Lo propio de la Iglesia es alimentar la fe de los que la tienen y proponerla a los que no la tienen, establecer catecumenados de adultos entre los emigrantes, para acercarse a los sacramentos y beneficiarse de los dones de Dios. Y acoger a todos con el amor de Cristo.

Cuando los países ricos no son capaces de compartir como deben hacerlo en justicia con los países pobres, los habitantes de los países pobres vienen a multitudes en busca de un puesto a la mesa de este bienestar que nosotros disfrutamos. Cuando el Norte no es capaz de compartir con el Sur, el Sur es capaz incluso de saquear al Norte para poder sobrevivir. Es un problema de justicia social a nivel internacional, en el que no se camina hacia cotas de mejoramiento, pues el abismo entre países ricos y pobres se va acrecentando cada vez más, en vez de acortarse, como debiera (Juan Pablo II, *Sollicitudo rei socialis*, 14). De cada tres habitantes, uno se muere hartito y los otros dos se mueren de hambre. Nosotros estamos entre los primeros, y seremos juzgados en el amor.

Nuestras gentes son acogedoras, y en muchos casos comparten lo poco que tienen con familias que se instalan de repente en algunos de nuestros pueblos. Pero hemos de reconocer humildemente

que *el problema nos desborda*. Los inmigrantes, que han venido masivamente, viven situaciones y condiciones infrahumanas, que les hacen sufrir. Son nuevos pobres, ante los que la Iglesia no puede pasar indiferente. Nos acercamos a ellos, sean de la religión que sean, para ofrecerles nuestra acogida. Ofrezcámosles también la posibilidad de conocer a Jesucristo, incluso a los musulmanes (alguno de ellos se ha bautizado recientemente), pero sobre todo a los católicos, aunque sean de rito oriental, y también a los ortodoxos y protestantes.

Los servicios de Caritas trabajan para ayudar a integrarse a toda esta población extraña, que, sobre todo al principio, tiene todas las carencias. Recordemos una vez más: “lo que hicisteis a uno de estos mis humildes hermanos, a mí me lo hicisteis” (Mt 25,40).

En el campo de la caridad no estamos llamados a resolverlo todo. No tenemos recursos humanos ni económicos para ello. Pero estamos llamados a reconocer el rostro de Cristo en los pobres y a inyectar el amor de Cristo en la atención a nuestros señores los pobres. No podemos celebrar la Eucaristía sin que nos lleve a la caridad con nuestros hermanos. No podemos pasar indiferentes al lado de quienes no tienen lo necesario para vivir. No podemos aspirar a tener más y más en nuestra sociedad del bienestar, cuando muchos de nuestros contemporáneos, de cerca o de lejos (hoy está todo cerca) no tienen nada para comer hoy.

Es muchísimo lo que la Iglesia ha hecho, continúa haciendo y puede hacer en favor de los necesitados. Y cuando se pone a esta tarea es cuando más se parece a Cristo, su Esposo y su Señor.

Conclusión

Iniciemos el año con toda esperanza. El Señor viene a salvarnos. No busquemos la salvación fuera de Él. Y esta salvación nos la ha traído el seno virginal de María, nuestra madre. A ella nos encomendamos en este inicio del año litúrgico para vivir con ella todos los misterios de la vida de Cristo y poder llevar a Cristo, como ella, a los hombres de nuestro tiempo.

Nuestra diócesis de Tarazona está viva. Nuestra diócesis de Tarazona lleva en su seno el futuro del hombre, porque, como María virgen, lleva a Jesucristo, cuyo mensaje y cuyo amor debe ofrecer al hombre de hoy “virginalmente”, sin adulteración y sin rebajas. Nuestra diócesis de Tarazona tiene futuro, porque de la conjunción de sus fieles laicos, personas consagradas y sacerdotes, en la comunión eclesial con el obispo, puede aportar al mundo la originalidad de un amor que el mundo de hoy necesita más que nunca.

Recibid mi afecto y bendición desde Tarazona, a 8 de diciembre de 2005, solemnidad de la Inmaculada Concepción, en el 40º aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II.

+ Demetrio Fernández,
Obispo de Tarazona

OBISPADO DE TARAZONA